

Atrapados en la montaña

Por: **Sophía Rodríguez***



Paisaje en la montaña. Fuente: imágenes generadas mediante IA (wepic).

Ana, Juan, Luis y Sofía, cuatro amigos que se conocían desde niños, habían planeado una caminata de fin de semana en la montaña. Habían preparado todo su equipo y se encontraban en camino hacia el campamento base. El paisaje era impresionante, con enormes montañas que se alzaban por encima de ellos, ríos cristalinos y árboles de todo tipo. Después de una larga caminata, llegaron al campamento base justo antes del anochecer.

Después de un día intenso de caminata, los cuatro amigos se encontraban agotados. Decidieron cocinar algo de comida y acostarse temprano para recuperar energías. Al día siguiente, se levantaron temprano para continuar la caminata, pero después de un par de horas, se dieron cuenta de que se habían perdido. Intentaron seguir el camino, pero llegaron a un acantilado que no podían cruzar. Luis sugirió que podrían bajar por un camino más empinado, pero no era seguro. Ana y Juan, emocionados por la aventura, querían intentarlo, pero Sofía se opuso

* Estudiante de Publicidad y Mercadeo
Fundación universitaria Los Libertadores
svrodriguezg@libertadores.edu.co

rotundamente. Después de una discusión, Ana y Juan decidieron bajar por el camino empinado, mientras que Luis y Sofía decidieron quedarse arriba y buscar una alternativa más segura.

Pero las cosas no salieron como esperaban. Ana y Juan no se fijaron y terminaron cayendo en una especie de cueva, quedando atrapados. No podían moverse ni escalar y empezaron a gritar pidiendo ayuda, pero nadie les escuchaba. Luis y Sofía se preocuparon al no ver regresar a sus amigos y decidieron bajar a buscarlos. Al llegar al hueco, encontraron a Ana y Juan atrapados y no sabían cómo sacarlos. Sofía intentó mantener la calma, mientras que Luis estaba desesperado. Ambos intentaron mover una roca que les impedía el paso y, en un mal movimiento, también cayeron al hueco.

Después de varios intentos fallidos, la tensión empezó a subir entre ellos. Sofía no podía soportar la idea de que estaban atrapados y en peligro, y empezó a llorar desesperadamente. Luis, frustrado, comenzó a gritar y culpar a Juan y Ana por haber bajado por el camino peligroso. Ana empezó a sentirse culpable y Juan intentaba mantener la calma para no empeorar las cosas. La tensión llegó a un punto crítico cuando Luis se enfrentó a Juan y comenzaron a discutir fuertemente. Sofía intentó intervenir para calmar la situación, pero también fue envuelta en la discusión.

Pasaron varias horas, el sol se estaba poniendo. Y Ninguno de ellos encontraba una solución. La noche cayó y se dieron cuenta de que tendrían que pasar la noche allí. Los cuatro amigos empezaron a discutir acaloradamente. Nada parecía funcionar. La oscuridad de la cueva era abrumadora y el ambiente se volvía cada vez más claustrofóbico.

— ¿Y ahora qué hacemos? ¡Llevamos horas aquí adentro y no hemos encontrado una salida! —exclamó Sofía con desesperación.

— Quizás deberíamos buscar alguna manera de escalar las paredes —sugirió Luis, quien se encontraba en una situación de pánico.

— ¿Escalar las paredes? ¿Estás loco? —respondió Juan, visiblemente molesto.

— Bueno, ¿tienes una mejor idea? —contestó Luis, aferrándose a la poca esperanza que le quedaba.

Mientras tanto, Ana se encontraba sentada en una esquina, tratando de mantener la calma. Intentaba respirar profundamente y mantener su mente tranquila, pero la tensión en el ambiente era demasiado alta.

— Escuchen, no podemos seguir así. Tenemos que buscar una solución juntos. De nada sirve que nos gitemos unos a otros —intervino Ana, tratando de calmar los ánimos.

— Pero ¿qué se supone que hagamos?

—preguntó Sofía, con la voz temblorosa.

— Podemos intentar comunicarnos con alguien. Si no podemos salir, tal vez puedan sacarnos —sugirió Juan, tratando de encontrar una solución pacífica.

— Es una buena idea, pero ¿cómo lo hacemos? —preguntó Luis, tratando de darle continuidad a la idea.

— Tengo mi celular conmigo. Podríamos intentar llamar a alguien —gritó Sofía, buscando en su mochila.

Todos estuvieron de acuerdo y empezaron a preguntarse entre ellos cómo no se les había ocurrido acudir a sus celulares antes de discutir. Mientras tanto, Sofía desbloqueaba su celular.

—¡Noooo! ¡Por favor funciona! —Gritó Sofía, matando la vaga esperanza que había nacido entre ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Ana, quien a su vez se colocaba la chaqueta que hacía unos segundos había sacado de su mochila.

—Mi celular no tiene señal —respondió Sofía con la cara pálida, sintiendo dentro de sí un pánico intenso que le generaba ganas de vomitar.

Todos se quedaron inmóviles y callados por unos segundos, asustados. Entonces Ana interrumpió diciendo:

—Bueno, está claro que no podremos salir de aquí por lo menos no esta noche. Así que propongo que hagamos turnos para dormir y recuperar energía y cuando salga el sol sabremos qué hacer. Coincidió contigo, Ana. Pelear solo empeora las cosas. Yo empezaré el turno con Sofía y en dos horas cambiamos - respondió Luis resignado. Juan y Sofía estuvieron de acuerdo, por lo que se acercaron a Ana. Él la abrazó, intentando calmarla, le dio un beso y se acurrucaron para tratar de dormir.

Pasados unos minutos, Luis y Sofía, agobiados y preocupados por la cueva oscura y tenebrosa con un intenso olor a humedad y una innumerable cantidad de bichos que sentían cada vez más cerca e intentando vagamente no dejarse consumir por la situación, empezaron a hablar. Mantuvieron una conversación sobre sus vidas, su familia y sus gustos

en general. Si antes ya existía un gusto de Sofía por Luis, ahora sin tensión alguna y tal vez un poco impulsada por la desafortunada situación, crecía dentro de ella un sentimiento fuerte y una empatía hacia él que trataba de disimular. Por un momento, Sofía pensó.

— qué situación más rara para enamorarse de alguien, sin duda sería una anécdota muy peculiar al contársela a alguien más.

—Juan es un hombre muy afortunado-, dijo Luis con voz tenue, interrumpiendo y aplastando los pensamientos idílicos de Sofía mientras miraba a Juan y Ana dormir abrazados.

—Ana es una increíble mujer, siempre pensé que terminaríamos juntos-, continuó Luis.



Paisaje en la montaña. Fuente: imágenes generadas mediante IA(wepic).

—Bueno, yo creo que te está afectando estar aquí atrapado. Tú bien sabes que Ana y Juan planean casarse luego de este viaje-, dijo Sofía, intentando desesperadamente evitar que Luis notara su desilusión.

—Lo sé, pero Ana no merece vivir engañada. Juan debe ser sincero, contarle lo que le ha ocultado por estos años-, dijo Luis y se podía notar en su voz una ansiedad y una angustia latentes, como si hubiese cambiado por completo su mentalidad de un momento a otro.

De repente, Juan se levantó furioso gritando:

—¡Eres un traidor!— mientras se abalanzaba encima de Luis, golpeándolo varias veces.

—Dile la verdad, ella no merece lo que le has hecho— dijo Luis a lo que Juan respondió

—Me prometiste que íbamos a guardar el secreto, Luis, eres un traidor. Han pasado años. Y si no salimos nunca de aquí, prefiero que Ana se entere de mi boca no de la tuya. Vamos a casarnos y no vas a arruinar esto—, mientras levantaba con su mano derecha una roca y le daba un fuerte golpe en la cabeza a Luis, quien cayó al suelo inconsciente.

El golpe quedó retumbando en el aire unos segundos, hasta que se escuchó un grito desgarrador de Sofía: —¡Lo mataste!— gritaba repetidas veces mientras tomaba la cabeza ensangrentada de Luis y lloraba. A su vez, Ana, que quedó tiesa, pálida y fría como el hielo, se tapaba los oídos para evitar escuchar los gritos.

Los tres pasaron la noche sin dormir, sin hablar, casi sin respirar. Cuando empezaron a caer los primeros rayos de luz del día, Sofía escuchó a lo lejos, muy lejos, voces. Por un momento, pensó que era solo una alucinación de su golpeado subconsciente,

pero luego de un rato, empezaron a escucharse más claramente.

—”¡Eh, por aquí! ¡Ayuda!”— empezó a gritar, alarmando a los demás, que se unieron a sus gritos—”¡Ayuda! ¡Ayuda!”— Llegó una pareja de alrededor de 40 años preocupada por los gritos que escuchaba. Sofía, Juan y Ana sabían que pronto iban a salir de la cueva, pero...ya no sintieron alivio.

Unos minutos después, los tres compañeros de excursión relataban a los rescatistas la historia de cómo su cuarto compañero, Luis, había resbalado en la cueva, tropezando al intentar salir y se había golpeado la cabeza quedando inconsciente. También hablaban de lo agradecidos que estaban por haber salido ilesos de esa experiencia. Los tres amigos habían llegado a un pacto no hablado entre ellos para proteger la leal amistad que se suponía que tenían, llevándose a la tumba aquel secreto, igual que hizo Luis.

Los años pasaron y la vida de los cuatro amigos siguió adelante. Ana y Juan se casaron finalmente, formaron una familia y nunca volvieron a hablar sobre lo sucedido en la cueva. Sofía, por su parte, se alejó y se sumergió en su trabajo como abogada. A pesar de que pasaron muchos años, Sofía nunca pudo olvidar a Luis y aquellos momentos compartidos en la cueva. Siempre se preguntaba ¿Qué habría pasado si no hubieran quedado atrapados? ¿Cuál era ese secreto por el que Luis perdió la vida? ¿Qué habría pasado si Luis no hubiera querido decir la verdad? ¿Qué reacción hubiese tomado Luis si ella le hubiera confesado lo que sentía por él?

Eran solo vagos pensamientos que luego de un tiempo decidió olvidar, así como todo aquello que sucedió aquel día que quedaron... atrapados en la montaña.

Trabajo realizado en la asignatura Taller de escritura y narrativa, dictada por la profesora Claudia Gordillo.